

# Mi gran noche

arezbra

Image not found.

# Capítulo 1

Para:

Inma, un lugar de mi corazón

## **Sé que voy contigo...**

*Siempre pensé que moriría joven. He tenido esa certeza desde niño. Me apago. Es la Nada quien habla, quien escribe en el vacío. No, no estoy cadáver del todo.*

*He intentado recordar, pero el caos de las memorias duele. Tengo hambre, una ansiosa, de letras escritas con tinta silenciosa e indeleble. Siento pena, mucha. Enterrado en sondas y tapado hasta el ombligo, consciente de que me velan miradas compasivas. Si he de ser yo quien actúe para dar paso a lo siguiente, es que ni siquiera el devenir sabe*

*dónde me encuentro, pues soy incapaz de moverme. No es el tiempo más veloz porque la vida pese menos. En este "ahora", tengo un hálito raquítico capaz de aguantar todas las cargas que trae consigo lo vivido.*

*Dormir, pese a que nadie me garantiza despertar. ¿Acaso no habrá más noches donde desvelarme, ni más luces blancas que arropar con el velo del insomnio?*

*Sin ruido, sin miedo en medio del eco de mi ego, éste que calla a éstos que miran, quien no sabe si habla, si escribe, si duerme o está despierto. Elijo salvarme, aunque no haya tiempo para decidirse y sí el justo para resignarse.*

## **I El despertar**

### **Málaga, 02 de agosto, 1997**

Empezaré por aquel agosto cuando desperté tapado, con frío. No soñé y lo sé porque yo era de éstos que soñaban y además recordaban los sueños. Fue como si no hubiese llegado a dormirme.

Celia, mi hermana pequeña, de acá para allá con el flotador puesto, vestida de playa. El runrún disperso de la prisa en todos sitios. Puertas que se abrían y quedaban mal cerradas. El olor a café encima de las sábanas blancas, la luz que no conseguía zafarse de aquellas nubes pegadas a la mañana. Parásitos de un verano haciendo las maletas, como nosotros. Me levanté de la cama y apoyé la planta de los pies en el suelo. Froté los párpados y jugué con ellos hasta que quedaron del revés. Acostumbrados, a nadie extrañaba mi silencio. Papá, mamá y la chica vestida con bikini por primera vez.

Me recuerdo esperando en el portal, subiendo las escaleras de la primera planta donde vivíamos para bajarlas antes de dejar al descubierto mi impaciencia. Se cerró la puerta, el llavero de papá giró cuatro veces, Celia detrás de ellos oteando la puerta de Conchi, la vecina encargada de vigilar la casa mientras estábamos fuera. No fui el único desvelado aquel día previo a las vacaciones. Mamá estaba nerviosa, circunstancia que acentuó con doble ración de cafeína.

Ya en el coche, me senté detrás del asiento del conductor. Mi padre tenía un Renault 5 Blue Jeans, de color rojo y asientos forrados con tela vaquera. Nunca tuvimos un vehículo grande, como los de las series americanas emitidas en la sobremesa. No éramos precisamente una familia acomodada, clase media-baja.

María, mi madre, era preciosa. A veces, sacaba el brazo fuera de la ventanilla para evitar que el humo nos hiciera toser. Apuraba los pitillos, como si la imagen de ella con un cigarrillo fuese una provocación.

Los dedos de la mano derecha de papá giraban nerviosos la rosca del volumen de la radio con cada canción nueva. No todas gustaban a mamá. De Málaga a Jaén todos los veranos. Cambiábamos mar por río y piscina; terraza de playa por patio de campo.

Celia sacudía los pies, sentada encima de la palma de sus manos. Detrás del cristal, las hojas de los chopos, al bordear Granada, parecían trazos caprichosos. El silencio era incómodo en mitad de aquel escándalo de sensaciones, el mío que contagié a todos. Me recuerdo en esa mañana del mes de agosto con catorce años. Las gafas ligeramente rayadas, un ojo abierto por completo y el otro sólo hasta la mitad y cara de niño más mayor.

Dos horas y media después de haber salido, llegamos a la puerta de la casa de los tíos. Mi padre había vivido sus años de infancia entre la capital y esa casa, que sentía como suya. Salió a recibirnos el tío Manolo. Estaba mayor, llevaba pantalones cortos y ceñidos y unas zapatillas de esparto. El pecho casi pelado y la piel del color del azafrán. Era un hombre nervioso, con gusto por el orden. La tía Dolores apartó la cortina de canutos de colores. Su cara era un disfraz perfecto de anfitriona. Sonreía mientras se secaba las manos y preparaba algunas de las frases hechas acuñadas para este tipo de ocasiones. Besos y abrazos, lazos de familia, nudos de la carne.

Corrí hacia los columpios, nada más bajar del coche. Mi hermana me siguió de cerca. Parecía más mayor que yo y no porque fuese más alta. Mamá nos observaba desde donde los mayores celebraban la manida liturgia del reencuentro. Un día cálido en una tierra de secano. La nuestra durante un mes cada año. Los ruidos del verano dejaban fuego en los oídos y en las manos, pero sobre todo en la memoria, en la suya y, por cómo recuerdo todo aquello, en la mía también.

Sonó un claxon. En el campo sólo escuchábamos este sonido cuando alguien llegaba en coche y, acto seguido, el tío Manolo iba a abrir la cancela. Me levanté sobresaltado, no esperaba a nadie más. Celia se abrazó a mis piernas. Desorientado, asomé por el patio y miré en dirección a la puerta de la finca. Alguien llegaba solo dentro de un coche negro impoluto. Saludaba desde el interior. No lo conocía de nada y sin embargo parecía mucho más cómodo que yo entre los míos. Salió del coche y comenzó a repartir abrazos. Desfilaba entre mis parientes como una celebridad: camisa ajustada de rayas azules, gafas de sol de perilla y el pelo corto, rubio cobrizo. No pude evitar ruborizarme. Miré hacia arriba, el cielo resultó ser el único sitio donde anclarme a tierra firme. Salí de allí para esconderme. El tiempo detuvo a los demás, pero yo no paraba de

moverme. Antes de que pudiese darme cuenta, estaba en sus brazos. Cerré los ojos y los apreté hasta que el miedo a caerme, hizo que lo mirase de cerca. Respondí con una sonrisa. Estupefacto, dije demasiado. En todas partes molestaba mi desconcierto. Me colocó en el suelo y me tendió la mano.

- Me llamo Andrés.- se presentó.

Esa mano de dedos gordos y uñas maltrechas, con un anillo de plata en el pulgar izquierdo y separada del brazo por una pulsera hecha de caracolas, extendida, ofreciéndose, acentuó más el calor de mi cara.

No se puede volver a ser niño, no cuando ya no miras como tal. Mamá no sabía si recibir al invitado o a una certeza incómoda que no supo disimular. María, la muchacha que hablaba sin abrir la boca, que gritaba con sus redondeados ojos verdes.

Cuanto más miraba a Andrés, más me alejaba de la mesa una vez nos sentamos. Del columpio a la piscina, de la piscina a la huerta y al final de ésta, un balanceo constante a través del hueco de la acequia circundante. Ardiendo, sudando por dentro. Un escozor incómodo sin incordiar, sucio sin manchar, que hacía que salivara más de la cuenta. Jamás lo hubiese imaginado. Quizás fue allí donde aprendí a valorar la experiencia.

Mi hermana me seguía con la mirada pero desde las rodillas de mi padre, sentada en la mesa como una adulta más. Mi madre de cara a la puerta de entrada. De vez en cuando, se dejaba caer en la piscina, se secaba, y enseguida volvía a la toalla. Algo de ella se marchó en aquel encuentro y era como si estuviera diciéndole adiós en silencio. Papá no se enteraba de nada en el trance álgido de la sobremesa donde empezaba a hablar con nostalgia de quienes faltaban y el alcohol hacía que recordara con un dolor consentido, cuasi placentero.

El teléfono sin cables de Andrés comenzó a vibrar y él, muy educadamente, se disculpó por ausentarse de la cálida reunión justo en la parte más dramática, donde todos escuchaban atentos las hazañas de mi abuela paterna para sacar adelante a su familia después de quedarse viuda, narradas por su agradecido vástago. El célebre invitado se sentó en la silla donde yo acostumbraba a leer y, mientras hablaba, levantaba con sus dedos los bordes de las primeras páginas del cuaderno donde Susana y Paquito, los primos de mi padre, solían detallarnos tareas diarias a Celia y a mí. Mi hermana y yo recibíamos un cuaderno, un lápiz del número dos y un libro al empezar las vacaciones y al finalizar, debíamos demostrar con un examen si habíamos aprovechado el tiempo durante el verano. Podía justificar un posible acercamiento, con las ganas de escribir o de leer en ese momento y me interesaba mucho con quién pudiera estar hablando, así que no me lo pensé y pasando por alto la censura de los ojos de mi hermana Celia y después de aguantar durante cinco

interminables zancadas, la mirada fiscal de mi madre clavada en la nuca, ya casi habiéndole alcanzado, escuché:

- ¡Mario, ven aquí por favor!

Andrés se volvió y me dio la libretilla y dos segundos de súbita felicidad preñada de euforia cuando me tocó con sus manos fuertes. Cabizbajo, fui hacia el columpio y me senté. Aguanté la respiración hasta que mamá se acercó.

- No vuelvas a hacerme esto. Jamás- sentenció sin mirarme.

- Sí, sí. No te preocupes- respondí como si aun teniendo catorce años y no habiendo vivido nunca algo así, fuera consciente de a qué se refería.

Andrés, se quedó un rato en el aula improvisada en una esquina del porche. No sonreía como al principio. Podía distinguir sus labios perfectamente en la distancia, gruesos y carnosos. Dejó el teléfono encima de la mesa y comenzó a girarlo mientras pensaba tocándose la cabeza. Se levantó y fue al coche, por un momento pensé que se iba sin despedirse. Trataba de mirar a todos sitios menos a donde estaba aquel desconocido pero no estaba seguro de poder lograrlo. Además, estaba la promesa que le había hecho a mamá, sólo Dios sabía qué le había prometido exactamente. Las preguntas se me acumulaban, tanto que temí quedarme sin capacidad de responder a nada ni ante nadie, más que ante aquel compromiso verbal cuyo contenido era igual de misterioso que de nítido. Para mí ya no existía nada más interesante y más estimulante pero no podía permitir que nadie lo notase.

- ¡La merienda!- gritó la tía Dolores desde la puerta tras despedir al panadero y a su furgoneta amarillo buzón.

La tarde en escena sin haberme percatado del paso de la mañana y el olor inconfundible a napolitana de chocolate y zumo de frutas. Todavía con un sol de justicia, deambulaba aturdido, no conseguía recordar ni tan siquiera una del montón de cosas que me había propuesto hacer durante el camino desde Málaga.

Detrás de la casa estaba la pila donde la tía Dolores fregaba a mano. Había dos grandes olivos casi más viejos que ella y entre sus ramas colgaban unos cordeles que hacían las veces de tendedero. Era día de lavar ropa de cama y aquel lugar parecía un salón de reunión para fantasmas. El viento soplaba como si quisiera meterse dentro del lino, como si a fuerza de embestir pudiera tornarse blanco. Los árboles, respetable de la función, los lazos de sangre y la sangre alcoholizada manchándolos más que nunca, cuchilladas de ida y vuelta en el triángulo pintado sobre el césped y las rodillas de Aurelio, mi padre. Estaba

nervioso, otra vez el brío de mi carne recién estrenado...

Saldría corriendo a buscarlo, no quedaba más napolitana, ni más zumo, ni más ganas de ser obediente, quizás sin ser visto camuflado entre una de esas sábanas blancas aunque mi madre me cogiera del brazo antes de dar la primera zancada. Era un preso sin barrotes y sin cárcel fuera de mí, todo el peso del acero lo llevaba dentro. Mamá era una cuerda roída, incapaz de domar al viento. El viento no tenía guardián a quién deber respeto. Hoy soplaba en Jaén, en este día ya rojo de tarde y de vergüenza, pero mañana podría susurrar con fuerza hasta gritar en cualquier parte; impetuoso y descarado, tapaba y confundía los oídos de la gente, hablaba más fuerte que el mar y lo picaba a su antojo. El viento era vida y la vida, antojadiza como el deseo.

Antes de que pudiera esprintar, apareció por un lateral de la casa y se sentó a mi lado como si hubiese estado escondido en mi cabeza esperando el momento justo para mostrarse. Sacó del bolsillo una cajetilla de Lucky Strike y la dejó entre sus piernas, encima de mi toalla, luego el mechero y lo colocó encima de su rodilla.

- Es curioso que vengáis en Agosto, María.- le dijo a mi madre a la vez que se dejaba caer sobre sus manos apoyadas del revés.

- Supongo que vosotros estáis hartos de oler a tierra y nosotros de tragar arena. -contestó mi madre tajante.

- Me llama la atención, sólo es eso, pero sí, será...

- ¿Has estado en Málaga?, ¿la conoces?

- Sí, claro, voy mucho por trabajo.

- ¿Ah, sí? ¿A qué te dedicas, Andrés?

- Soy gestor comercial, sector turístico. Capto grupos y hago viajes con ellos; equipos deportivos, asociaciones de jubilados, viajes de estudios...

- Qué interesante... exclamó sin el más mínimo entusiasmo.

El joven sacó un cigarro y lo encendió sin prisas, se dio la vuelta y cruzó los brazos para apoyarse de cara a ella. Llevaba un bañador corto rojo sin bolsillos. Era más pequeño que el del resto y un poco más ajustado aunque, es de justicia decir que ninguno de los presentes pudiera haberse puesto dicha prenda.

- ¿Y tú?, ¿trabajas?- quiso seguir con la conversación.
- Con dos hijos, tú me dirás, pero a mí no me pagan. El viaje más largo al que me tienen acostumbrada es a éste.
- ¡Vaya! Bueno, mi Jaén también tiene su encanto y el campo relaja mucho. Es bueno desconectar de la ciudad de vez en cuando, ¿no?

Primer silencio largo como respuesta.

- Además la tía de Aurelio adora a Mario por lo que me han contado y él disfruta mucho aquí ¿verdad, pequeño?

Volvió a tocarme, pero esta vez la cara, con una sola mano mientras sostenía el cigarrillo con la otra y hacía fuerzas para no caerse hasta volver a apoyarse en el suelo. De nuevo el silencio, pero a éste lo cortó por la mitad con el guiño con el que dio por concluido el coloquio. Fue entonces cuando empatamos en callarnos porque a mi mutismo le siguió el suyo. Mi madre ya había decidido enmudecer antes.

Paquito, el más pequeño de los primos de mi padre, se había casado hacía un mes con la hermana de Andrés. No pudimos asistir al enlace porque Celia se puso enferma el día de antes. Si hubiéramos venido, el camino en el coche hubiese sido otro completamente diferente; el ansia de volver a verlo hubiera sido capaz de hacerme creer que yo podía ir más rápido que sobre ruedas.

Todo esto bullía dentro de un niño resabiado que, por primera vez, se atrevía a transgredir, a desafiar a la prohibición y a etiquetar de intocable a un desconocido por encima de los suyos.

Las sombras saltaron del suelo a los árboles. Cuando se fue, permanecí un largo rato al borde de la carretera. Imaginé no volver a verlo. Sentí alivio, pero uno nostálgico. Una niebla tan densa como mi sorpresa impedía que viese más allá de los hocicos de los perros vagabundos, más allá de la bóveda de humo nocturno. No era yo quien miraba, había mudado las escamas de los ojos y, sin ellas, sentía vergüenza y deleite al mismo tiempo.